

hay firmeza en los hombres.>>

ROMEO.- Varias veces me has reprendido por amar a Rosalina.

FRAY LORENZO.- Por idolatrarla, no por amarla, hijo mío.

ROMEO.- Y me aconsejaste que enterrara ese amor.

FRAY LORENZO.- Pero no en una tumba de la que hicieses surgir otro.

ROMEO.- ¡No me reprendas, te lo suplico! La que ahora amo paga firmeza con firmeza, amor con amor. No se portaba así la otra.

FRAY LORENZO.- ¡Oh! Ella sabía bien que tu amor recitaba de memoria sin haber aprendido a deletrear. Pero, vamos, mozo inconstante, ven conmigo. Te ayudaré por una razón: porque esta alianza puede ser provechosa, cambiando en puro afecto el rencor de vuestras familias.

ROMEO.- ¡Oh! ¡Partamos! Me importa proceder con toda valentía.

FRAY LORENZO.- Despacio y con tiempo; que los que mucho corren se exponen a tropezar y a caer. (Salen.)

ESCENA IV.

Una calle.

Entran BENVOLIO y MERCUCIO.

MERCUCIO.- ¿Dónde diablos estará ese Romeo? ¿No fue a casa?

BENVOLIO.- A la de su padre, no. He hablado con su criado.

MERCUCIO.- ¡Ah! Esa pálida mozuela de corazón empedernido,

do, esa Rosalina, le atormenta de un modo que acabará por entorpecerlo.

BENVOLIO.- Teobaldo, el pariente del viejo Capuleto, le ha enviado una carta a casa de su padre.

MERCUCIO.- ¡Por mi vida, cartel de desafío!

BENVOLIO.- Romeo le contestará.

MERCUCIO.- Cualquiera que sepa escribir puede contestar a una carta.

BENVOLIO.- No; a quien contestará es a su dueño, y de la atrevida manera que gasta con quien se le atreve.

MERCUCIO.- ¡Ay, pobre Romeo! ¡Dale ya por muerto! Apunhalado por los ojos negros de una blanca mozuela, atravesado de parte a parte su oído por canciones amorosas, dividido el propio centro de su corazón por la certera flecha del ciego arquero, ¿es hombre él para hacer frente a Teobaldo?

BENVOLIO.- ¡Bah! Pues ¿qué es Teobaldo?

MERCUCIO.- ¡Más que el príncipe de los gatos, os lo aseguro! ¡Oh! ¡Es el más valeroso capitán de los cumplimientos! ¡Se bate como cantarías tú una pieza a compás! Guarda tiempo, distancia y medida. Te da por descanso el silencio de una mínima: una, dos, y la tercera en el pecho. El verdadero carnero de botones de seda, un duelista, un caballero de alta prosapia, de la primera y segunda causa. ¡Ah! ¡El inmortal pasado! ¡El punto reverso! El hai!

BENVOLIO.- ¿El qué?

MERCUCIO.- ¡La peste de tales estúpidos, pintureros y fantásticos petimetres! Esos nuevos afinadores de palabras: <<¡Por Jesús, qué excelente espada! ¡Qué tío! ¡Vaya una pautita de postín!>> ¡Qué! ¿No es cosa lamentable, abuelo, que hayamos de vernos molestados por esos extranjerizantes moscoses, esos figurines de moda, esos *pardonnez moi*, tan apegados a las nuevas formas que no pueden sentarse con comodidad en un banco viejo? ¡Oh sus *bons*! ¡Sus huesos!

Entra ROMEO.

BENVOLIO.- ¡Aquí viene Romeo, aquí viene Romeo!

MERCUCIO.- ¡Que viene más roído que una sardina arenque! ¡Oh carne, carne, cómo te has vuelto pecado! Ahora está por la lira del Petrarca. Laura, ante su dama, no era sino una ninfa fregatriz, aunque, por cierto, tuvo un amante más hábil para cantarla en sus rimas; Dido, una destrozona; Cleopatra, una gitana; Helena y Hero, busconas y meretrices; Tisbe, una muchacha de ojos garzós o cosa así, pero sin nada de particular. *Signior Romeo, bonjour!* Ahí va un saludo en francés para la gregüescos a la francesa; por cierto, que te despediste anoche de nosotros también a la francesa.

ROMEO.- ¡Buenos días, señores! ¿Qué dices de a la francesa?

MERCUCIO.- Nada, que te escurriste como las monedas falsas, señor; que te escapaste. ¿No caes?

ROMEO.- ¡Perdóname, buen Mercucio! Tenía un negocio de importancia, y en semejantes casos bien puede un hombre violar la cortesía.

MERCUCIO.- Esto es, que un caso como el tuyo obliga a un hombre a doblarse por las corvas.

ROMEO.- Me refiero a la cortesía.

MERCUCIO.- ¡No te has cortado!

ROMEO.- Era corto el floreo.

MERCUCIO.- Te advierto que soy la flor de lo cortés.

ROMEO.- ¡Clavel para una flor!

MERCUCIO.- Florido estás.

ROMEO.- Es una flor para mis calzas.

MERCUCIO.- ¡No mates la broma en flor! Síguela hasta que desfloren tus calzas y tengas que echar calza a tu ingenio.

ROMEO.- Yo entonces te ataré con calzadera.

MERCUCIO.- ¡Ayúdame, Benvolio, o tendré que apelar al calzado!

ROMEO.- No, a las calzas de Villadiego.

MERCUCIO.- ¡La verdad, si te das a la gansada con tus cinco sentidos, prueba que tienes el sentido de ganso!

ROMEO.- ¡Siento que tengas tan poco sentido!

MERCUCIO.- ¡Te daré qué sentir, porque pico más alto!

ROMEO.- Cuando vas de picos pardos.

MERCUCIO.- ¡Picante estás!

ROMEO.- ¡No te piques!

MERCUCIO.- ¡Oh, ese es un ingenio gomoso que alarga la frase desde una pulgada a una vara ancha!

ROMEO.- Alargo la frase para hacerte más largo.

MERCUCIO.- ¡Bien dicho! ¿No vale más esto que gemir de amores? Ahora eres sociable, ahora eres Romeo; ahora eres tú el que eres, así por tu educación como por tus dones naturales; que andaban con ese amor estúpido arriba y abajo, como un idiota que corre de acá para allá para esconder su chisme en un agujero.

BENVOLIO.- ¡Para ya, para ya!

MERCUCIO.- No paro; queda aún la cola de mi cuento.

BENVOLIO.- No alargues la cola.

MERCUCIO.- Yo la hubiera acortado, pues tocaba el fondo mismo de la cosa y no pensaba estirla más.

ROMEO.- ¡Aquí hay tela cortada!

Entran la NODRIZA y PEDRO.

MERCUCIO.- ¡Una vela, una vela!

BENVOLIO.- ¡Dos, dos! ¡Camisa y camisón!

NODRIZA.- ¡Pedro!

PEDRO.- ¿Qué?

NODRIZA.- Mi abanico, Pedro.

MERCUCIO.- Dáselo, Pedro amigo, para que se tape el rostro, que es más bello que su cara.

NODRIZA.- Buenos días os dé Dios, caballeros.

MERCUCIO.- Buenas tardes os dé Dios, hermosa dama.

NODRIZA.- ¿Son ya buenas tardes?

MERCUCIO.- No son menos, os lo aseguro, porque la libretina manecilla del reloj está ahora tocando las partes al mediodía.

NODRIZA.- ¡Fuera de mi presencia! ¡Vaya qué hombre!

ROMEO.- Señora mía, un hombre que Dios crió para echarse él mismo a perder.

NODRIZA.- ¡Bravo, muy bien dicho! <<Para echarse él mismo a perder>>, ¿no?... Caballero, ¿podría decirme alguno de vosotros dónde puedo hallar al joven Romeo?

ROMEO.- Yo puedo decíroslo; pero el joven Romeo será más viejo cuando le halléis que cuando le andabais buscando. Yo soy el más joven de ese nombre, a falta de otro peor.

NODRIZA.- ¡Bien dicho!

MERCUCIO.- ¡Sí? ¿Os parece bien o peor? ¡Muy bien disculpado, a fe mía! ¡Admirablemente, admirablemente!

NODRIZA.- Si sois vos él, señor, deseo hacer os una confidencia.

BENVOLIO.- ¡A alguna cena que le convida!

MERCUCIO.- ¡Tercera! ¡Tercera! ¡Tercera!... ¡Ea! ¡Sus!

ROMEO.- ¿Qué hay?

MERCUCIO.- Ninguna liebre, señor, a no ser una de esas que se sirven en empanada de Cuaresma y se pasan y ponen rancias antes de consumirse. (Canta.)

Una vieja liebre rancia
y una vieja liebre rancia,
en Cuaresma es buen manjar;
mas la liebre que está rancia
para veinte es demasiado
cuando enrancia al comenzar.

Romeo, ¿iréis a casa de vuestro padre? Allí comeremos.

ROMEO.- Luego os acompañaré.

MERCUCIO.- ¡Adiós, vieja señora!... ¡Adiós! (Canta.)

Señora,
señora,
señora.

(Salen MERCUCIO y BENVOLIO.)

NODRIZA.- ¡Vaya con Dios! Por favor, señor, ¿qué descomulgado truhán era ese, que tan pagado estaba de sus bellaquerías?

ROMEO.- Un caballero, nodriza, que gusta de escucharse a sí mismo y que hablará más en un minuto que no atenderá en un mes.

NODRIZA.- Pues como hable mal de mí, se las haré pagar, aunque fuera más mocetón de lo que es y veinte tunos de su casta; y si yo no puedo, buscaré quienes puedan. ¡Pícaro sin vergüenza! ¡Yo no soy ninguna de sus mancebas ni ninguno de sus compinches! (Volviéndose a PEDRO.) ¿Y tú te quedas así, como un papanatás, dejando que cualquier tunante me trate a placer?

PEDRO.- No he visto que hombre alguno os haya tratado a su placer, pues de otro modo en seguida hubiera desenvainado mi arma, os lo aseguro. ¡No hay quien me gane a desenvainar más pronto si veo ocasión para una honrosa contienda y está la ley de mi parte!

NODRIZA.- ¡Vive Dios, que estoy ahora tan corrida, que me tiemblan las carnes por todo el cuerpo! ¡Pícaro sinvergüenza!... Permitid, señor, una palabra. Pues, como iba diciendo, mi señorita me ha encargado que os buscara, y en cuanto a lo que me mandó deciros, eso me lo reservaré; pero, ante todo, es menester que os diga que si la condujeráis al paraiso de los bobos, como suele decirse, sería, como suele decirse, portarse de un modo indigno, porque la damita es joven y por tanto, si procedierais con ella con doblez, francamente sería una cosa fea, que no debe hacerse a una doncella, y una reprobable conducta.

ROMEO.- Nodriza, encomiéndome a tu señora y dueña. Presto testo ante ti...

NODRIZA.- ¡Qué buen corazón! A fe mía que se lo diré todo. ¡Señor, Señor, qué gozosa se pondrá!

ROMEO.- ¿Qué le vais a decir, nodriza? No me entendéis.

NODRIZA.- Le diré, señor, que protestáis, lo cual, a mi entender, es gentilísima oferta.

ROMEO.- Dile que discurra algún pretexto para ir esta tarde a confesarse, y allí, en la celda de Fray Lorenzo, él nos confesará y desposará. Toma, por tus molestias.

NODRIZA.- ¡De ningún modo, señor! ¡Ni un penique!

ROMEO.- ¡Vamos, digo que lo tomes!

NODRIZA.- ¿Esta tarde, señor? Bien; allí estará.

ROMEO.- Y tú, querida nodriza, quédate tras las tapias de la abadía. De aquí a una hora mi criado se avistará contigo y te traerá unas cuerdas, dispuestas a modo de escala, que me conducirá a la alta cima de mi ventura durante la noche silenciosa. Adiós. Sé fiel, y yo recompensaré tus molestias. ¡Adiós! ¡Encomiéndame a tu señora!

NODRIZA.- Pues que Dios en los cielos os bendiga... Escuchad, señor.

ROMEO.- ¿Qué deseas, mi querida nodriza?

NODRIZA.- ¿Es callado vuestro criado? ¿No habéis oído

decir que secreto entre dos es malo de guardar?

ROMEO.- Yo te garantizo que mi criado es fiel como el acero.

NODRIZA.- Bien, señor... ¡Mi señorita es la criatura más linda!... ¡Señor, Señor! Cuando era una chicuela... ¡Oh! Hay aquí un noble caballero, un tal Paris, que de buena gana quisiera entrar al abordaje; pero ella, alma bendita, prefiere ver a un sapo, a un verdadero sapo, antes que a él. Algunas veces la hago rabiarse, diciéndole que Paris es el hombre adecuado; pues, podéis creerme, cuando se lo digo se pone más amarilla que el puñal más amarillo del universo mundo. ¿No comienzan romero y Romeo con una misma letra?

ROMEO.- Sí, nodriza; pero ¿a qué viene eso? Ambos empiezan con R.

NODRIZA.- ¡Ah, que burlón! Ese es el nombre del perro. La R es para él... No; sé yo que empieza con otra letra... Pues de esto, de vos y del romero ha sacado ella unas letrillas tan preciosas, que os diera gusto de oírlas.

ROMEO.- ¡Encomiéndame a tu señora!

NODRIZA.- Sí, mil veces. (Sale ROMEO.) ¡Pedro!

PEDRO.- ¡Al punto!

NODRIZA.- Pedro, toma mi abanico y marcha adelante y aprisa. (Sale.)

ESCENA V.

Jardín de Capuleto.

Entra JULIETA.

JULIETA.- El reloj daba las nueve cuando mandé a la nodriza. Me prometió estar de vuelta a la media hora. Quizá no haya podido hablar; pero no es eso. ¡Oh! ¡Es que es coja!

Los heraldos del amor debieran ser pensamientos, que corren con velocidad diez veces mayor que los rayos solares cuando ahuyentan las sombras que se ciernen sobre las hermosas colinas. Por ello tiran del carro del amor ligeras palomas, y por ello Cupido tiene raudas alas, como el viento. Ya está el sol sobre la altura suprema de la jornada del día, y tres horas interminables han transcurrido de nueve a doce. Aún no ha venido la nodriza. Si tuviese afecciones y ardiente sangre juvenil, se hubiera puesto rápidamente en movimiento, como una pelota. Mis palabras la hubieran lanzado mi dulce amor y las de él a mí. Pero la gente vieja dijérase muerta en su mayoría, torpe, tardía, pálida y pesada como el plomo.

Entra la NODRIZA con PEDRO.

¡Oh Dios, ya viene! ¡Ay nodriza de mi alma! ¿Qué noticias traes? ¿Le viste? Despide a tu escudero.

NODRIZA.- Pedro, quédate en la puerta. *(Sale PEDRO.)*

JULIETA.- Vamos, buena y dulce nodriza... ¡Oh Dios! ¿Por qué ese aire tan apesadumbrado? Aunque sean tristes las noticias, anúncialas alegremente; si son felices, estás afeando la música de las gratas nuevas, haciéndome escuchar con tan hosco semblante.

NODRIZA.- Estoy rendida. Déjame respirar un momento. ¡Ay, qué dolor de huesos! ¡Qué carrera la que he dado!

JULIETA.- ¡Ojalá tuvieras tú mis huesos y yo tus noticias! ¡Vaya, vamos, habla, te ruego! ¡Querida, querida nodriza, habla!

NODRIZA.- ¡Jesús, qué prisa! ¿No podéis aguardar un rato? ¿No veis que estoy sin aliento?

JULIETA.- ¿Cómo estás sin aliento, si tienes aliento para decirme que te hallas sin él? La excusa que alegas para esa tardanza es más larga que el relato que excusas hacer. ¿Son tus noticias buenas o malas? ¡Responde a esto! Dime son lo uno o lo otro, y luego aguardaré pacientemente los detalles. ¡Dame esa satisfacción! ¿Son buenas o malas?

NODRIZA.- ¡Vaya, que habéis hecho una desacertada elección! ¡No sabéis escoger marido! ¡Romeo! ¡Ahí nada! Aunque tenga mejor rostro que los demás, su pierna aventaja a la de todos. Y en cuanto a su mano, su pie y su postura, por más que no valga la pena decirlo, exceden a toda comparación. No es la flor de la cortesía; pero segura estoy de que es tierno como un cordero. ¡Anda, chiquilla sirve a Dios! ¿Qué, ¿habéis comido ya en casa?

JULIETA.- No, no. Pero ¡todo eso lo sabía yo ya! ¿Qué dice de nuestro casamiento? ¿Qué dice?

NODRIZA.- ¡Señor! ¡Cómo me duele la cabeza! ¡Qué cabeza tengo! ¡Siento unos latidos como si me fuera a estallar en veinte pedazos! Pues ¿y mis espaldas?... ¡Ay, mis espaldas, mis espaldas! ¡Mal haya vuestro corazón, por enviarme de una parte a otra para que reviente jadeando de aquí para allá!

JULIETA.- Te juro que lamento no te halles bien. Queridita, queridita nodriza, ¿qué dice mi amor?

NODRIZA.- Vuestro amor dice, como honrado caballero, cortés, amable y gallardo, y os lo aseguro, como virtuoso... ¿Dónde está vuestra madre?

JULIETA.- ¿Qué dónde está mi madre? ¡Pues estará ahí dentro! ¿Dónde habría de estar? ¡Qué extraño modo de responder! <<Vuestro amor dice, como honrado caballero, ¿dónde está vuestra madre?>>

NODRIZA.- ¡Oh, por la Virgen Santísima! ¿Tan ardiente estáis? ¡Idos, a fe! ¡Pues digo!... ¿Es esa la cataplasma para mis doloridos huesos? ¡Desde ahora llevaos los recados vos misma!...

JULIETA.- ¡Vaya un lfo!... ¡Vamos! ¿Qué dice Romeo?

NODRIZA.- ¿Tenéis ya permiso para confesaros hoy?

JULIETA.- Sí.

NODRIZA.- Pues, entonces, corred al punto a la celda de Fray Lorenzo. Allí os aguarda un marido para haceros su esposa. ¡Ahora se os sube la pícara sangre a las mejillas! Pronto se os pondrán como la escarlata al escuchar ciertas nue-

vas! ¡Corred a la iglesia! Yo debo seguir otro camino, para ir en busca de una escala, trepando por la cual ha de alcanzar vuestro amante un nido de pájaro cuando oscurezca. Yo estoy dándome malos ratos y sufriendo, para vuestro deleite; pero en seguida seréis vos quien lleve el peso, no bien sea de noche. ¡Vaya, iré a comer! ¡Corred vos a la celda!

JULIETA.- ¡Corramos a la suprema felicidad! ¡Honrada driza, adiós! (Salen.)

ESCENA VI.

Celda de Fray Lorenzo.

Entran FRAY LORENZO y ROMEO.

FRAY LORENZO.- Sonrían los cielos a esta sagrada ceremonia, para que los tiempos futuros no nos la reprochen con pesar.

ROMEO.- ¡Amén, amén! Pero vengan como quieran las amarguras, nunca podrán contrarrestar el gozo que siento un solo minuto en presencia de mi amada. ¡Junta nuestras manos con tantas palabras, y que luego la muerte, devoradora del amor, haga lo que quiera! ¡Me basta con poder llamarla mía!

FRAY LORENZO.- Esos transportes violentos tienen un fin igualmente violento y mueren en pleno triunfo, como el fuego y la pólvora, que al besarse, se consumen. La miel más dulce empalaga por su mismo excesivo dulzor, y, al gustarla embota el paladar. Ama, pues, con mesura, que así se conduce el verdadero amor. Tan tarde llega el que va demasiado aprisa como el que va demasiado despacio.

Entra JULIETA.

¡Aquí llega la dama! ¡Oh, jamás rozará un pie tan leve el sílex perdurable! ¡Un enamorado podría cabalgar, sin caerse, en los tenuísimos filamentos que flotan en el cefirillo juguetón del verano! ¡Tan ligera es la ilusión!

JULIETA.- ¡Buenas tardes a mi reverendo confesor!

FRAY LORENZO.- Romeo te dará las gracias por él y por mí, hija mía.

JULIETA.- Igual le deseo a él, para que sus gracias no sean excesivas.

ROMEO.- ¡Ah, Julieta! ¡Si la medida de tu ventura se halla colmada, como la mía, y tienes mayor arte para expresarla, perfuma con tu aliento el aire ambiente y deja que la melodiosa música de tu voz cante la soñada felicidad que cada uno experimentamos con motivo de este grato encuentro!

JULIETA.- El sentimiento, más rico en fondo que en palabras, enorgullece de su esencia, no de su ornato. Los que cuentan sus tesoros son simplemente unos pordioseros; de donde mi verdadero amor se acrecienta hasta un límite que no supo contar la mitad de mi riqueza.

FRAY LORENZO.- Venid, venid conmigo, y abreviaremos nuestra obra; porque, con vuestro consentimiento, no os permitiré estar solos hasta que la Santa Iglesia os haya incorporado a los dos en uno. (Salen.)

ACTO TERCERO.

ESCENA PRIMERA.

Una plaza pública.

Entran MERCUCIO, BENVOLIO, un PAJE y criados.

BENVOLIO.- ¡Por favor, buen Mercucio, retirémonos! El día es caluroso, los Capuletos andan de un lado para otro, si nos los encontramos, no escaparemos a una gresca, que en estos días de bochorno hierve la frenética sangre.

MERCUCIO.- Tú eres como uno de esos bravos que, cuando traspasan los umbrales de una taberna, sacuden su espada sobre la mesa, diciendo: <<¡Quiera Dios que no te necesite! y apenas les ha producido operación al segundo vaso, la espada men contra el mozo, cuando realmente no había necesidad de tal cosa.

BENVOLIO.- ¿Soy yo como esos bravos?

MERCUCIO.- ¡Anda, anda! Tú eres un Jack de un furor impetuoso como el que más en Italia, y tan pronto a encolerizarte por sentirte provocado.

BENVOLIO.- ¿Y qué más?

MERCUCIO.- Nada; sino que, de haber dos como tu, en seguida nos quedaríamos sin ninguno, pues se matarían el uno al otro. ¡Tú! ¡Vaya! ¡Tú buscarías contienda con un hombre porque tuviese un pelo más o menos que tú en la barba! Te pelearías con uno que cascara nueces, por la sola razón de que tus ojos son color de avellana. ¿Qué ojos sino los tuyos verían en eso motivo alguno de contienda? Tan repleta de ideas está tu cabeza como de sustancia un huevo; y, sin embargo, a fuerza de golpes y porrazos se te ha quedado tan hueca como un huevo duro. Una vez te batiste con un hombre que tosía en la calle porque despertó a tu perro, que dormía al sol. Te peleaste con un sastre por llevar un jubón nuevo antes de Pascua, y con otro porque se ataba sus zapatos nuevos con cintas viejas? ¡Y aún quieres enseñarme a huir de pende-

BENVOLIO.- Si fuera yo tan quimerista como tú, cualquier día podría comprar la propiedad de mi vida simplemente por un cuarto.

MERCUCIO.- ¡Simplemente por hora y cuarto! ¡Oh simple!

BENVOLIO. ¡Por mi cabeza, aquí vienen los Capuletos!

MERCUCIO.- ¡Por mis talones, que me tienen sin cuidado!

Entran TEOBALDO y otros.

TEOBALDO.- Seguidme de cerca, pues quiero hablar con ellos. ¡Buenas tardes, señores! Una palabra con uno de vosotros.

MERCUCIO.- ¿Y solo una palabra con uno de nosotros? ¡Juntadla con algo, para que sean una palabra y un golpe!

TEOBALDO.- Bastante dispuesto me hallaréis a ello, señor, si me dais motivo.

MERCUCIO.- ¿Y no sabríais tomároslo sin que os lo dieran?

TEOBALDO.- ¡Mercucio, tú estás de concierto con Romeo!

...

MERCUCIO.- ¡De concierto!... ¡Qué!... ¿Nos has tomado por músicos? Pues si nos has tomado por músicos, no esperes oír más que disonancias. ¡Aquí está mi arco de violín! ¡Aquí está lo que os hará danzar! ¡Voto va, de concierto!

BENVOLIO.- Estamos hablando en un paraje público de mucha concurrencia. Busquemos un lugar más retirado y razonemos serenamente sobre vuestros agravios, o retirémonos, si no. Aquí todos los ojos nos miran.

MERCUCIO.- ¡Para mirar se hicieron los ojos! ¡Que nos miren! ¡Yo no me moveré para dar gusto a nadie!

Entra ROMEO.

TEOBALDO.- Bien; en paz con vos, señor. ¡Aquí llega mi mozo!

MERCUCIO.- ¡Pues que me ahorquen, señor, si lleva vuestra librea! ¡Por mi fe! Salíos al campo, que él os seguirá; vuestra señoría puede llamar mozo en ese sentido.

TEOBALDO.- ¡Romeo, el afecto que te guardo no me sugiere otra expresión mejor que esta: eres un villano!